

*Guillermo Ibáñez*

*Guillermo Ibáñez*

*El arte del olvido*



*Ediciones Poesía de Rosario*

**Prólogo**

**La transparencia, la concisión, una veneración muy singular por el silencio han sido auscultadas aquí, en poemas que no cesan de cifrar la distancia entre los seres y las cosas. Puesto que este es un libro en el que la búsqueda de semejanzas y el vértigo abierto por todo aquello que no admite equivalencias, comparten una única morada. Ambos hacen a la paradójal analogía que vertebra el teatro de brevedad suma del habla, un desafío de sobria juntura mediante la cual se reinscribe el trabajo necesario del olvido, como una labor capaz de vibrar a contracorriente de las estrategias de la razón, con el vagabundeo de las auténticas ocurrencias.**

**Zen y arte del olvido, parecen proponernos así un movimiento que está dado a jugar en el sentido más serio, también el más arcano del término- con el valor puntual de la errancia, la ambivalencia que cuida el nomadismo en la captación del alzamiento y la «aniquilación» del ser. Tal deriva coexiste con la suprema condensación del decir: un despojamiento de verborragia que empuña la dilatación de cierto sentido de la magia que sólo vive en la infancia. La experiencia dichosa, podríamos sugerir, de concentrar y alongar en vastísima permanencia las figuras que entrañan cierto henchimiento casi feérico del tiempo. Sitios precisos que cuida el poeta en la reminiscencia del niño<sup>9</sup>, para hacer durar el agón más intenso: los tesoros del arrobamiento, la dulzura del asombro ante algo recién descubierto que fuera para siempre en su destinación para todos y cada uno de los hombres.**

**No es ese acaso el gesto que abrigan varios de los poemas que siguen a estas páginas?...**

**¿No se trata aquí, entonces, de señalar las vivencias más puras por esenciales que acontecen cuando se inscribe el paso de lo infinito de la existencia hacia actos finitos pero en amalgama? Ya que no parece impertinente afirmar que en los textos que integran *El arte del olvido*, fulguran golpes bien concisos del desvanecimiento de la materialidad de la imaginación hacia las regiones generosas por su disponibilidad para desatar la “serenidad” de la espera en las zonas más nimias del saber. Tal decantación de la lengua poética, “donde- según se nos dice – se es nadie”, articula en el presente de la escritura la reminiscencia del porvenir, trazo frágil enarcado a la “falta luminosa de palabras”, proyección del todo “camino que llevara a la distancia”.**

**En ese otro reino de la lejanía que abre el decir en consonancia con el temblor se desata el hallazgo de los enlaces ofrecidos por la consagración del vacío. Pensar en las vertientes sensitivas de la luz,**

imaginar la libertad casi inaprensible de la belleza ajena a cualquier riesgo de mitificación, nombrar el abismo constituyen algunas de las fuerzas constantes con las que se compone una mirada plena pero extrañada de sí. Inflexiones variadas del espaciamento y del éxtasis con las que se desinviste de univocidad al lenguaje para erosionarlo en otro cielo, en las zonas, diremos, de incandescencia del ser. Regiones, las más lúcidas, que han sido dadas al astillamiento o a la escisión de los seres y las cosas hasta que ambos se impregnan mutuamente con la simiente irreductible de su estructura, o alimento, el más alto del espíritu, capaz de afirmarse como un rotundo vuelo.

Es en tal sentido que estos textos ofrecen simultáneamente la palpación de la dimensión más elemental de la existencia contra el telón de fondo de la contemplación justa del ser material de las cosas: una apertura por momentos espectral, que sin embargo, puede ser gozosamente habitada sin excrescencias.

“Historiar el silencio”, “descubrir el secreto de la noche” o ceñir la imperfección del vacío, no sólo implica, entonces, según leemos, abrazar el régimen de libertad que late en los territorios que no renuncian a su horizonte imposible, sino también fundar un campo de resonancias entre lo sagrado y lo profano cuando aquél se mira amorosamente siempre más allá de las pruebas. Apasionadamente se nombra la vastedad del mundo en los mínimos detalles, y esta operación reiteradamente aquilatada, recomenzada, vuelve como remembranza u orilla de la carencia de ser, revierte en la indeterminación de la quietud y en el espesor de la vacilación, todas y cada una de las huellas fatídicas. Un contrapunto, la mayoría de las veces paradójal, entre la dimensión inconmensurable de ciertas vivencias y la experiencia de su ciframiento: la posibilidad de trazar el registro más amplio de una imagen hacia la fuerza ignota de un único e íntimo detalle.

Puesto que una y otra vez se dispone aquí del poder del lenguaje: la escena cenital en la cual se puede nombrare con diafanidad aquello que retorna ajeno a todo afán de dominio, de epicidad y que en su paso comprometido con el deseo de hacer visible lo invisible – la oscura opacidad de lo real-, crea diálogo vigoroso entre materialidades más bien rústicas y una sutileza extrema.

En aquella revelación, tras el horizonte de hacer transparecer un orden más íntimo y por ende más rotundo – el privilegio del instante en lugar del relato del “transcurso de los hechos”-, asistimos al emplazamiento del poema como el ritual de un tiempo hondo celebrado en la brevedad de la caída.

Sagrada filigrana del anonadamiento del tiempo, diremos, o de la reconcentrada atención que se le concede a su fisura entonces elevada, que requiere de la desnudez del habla para recordar la trascendencia, siempre extraña, salida más allá de la mismidad, que constituye el arrojado de la poesía. Una suerte de tirantez consustancial entre la levedad del instante y la duración suscitada por el espacio del poema. Pero que aquí, se condensa, además, en la roturación de la alta realidad entrañada en lo que no existe todavía: advertencia gananciosa de la poquedad de ser, que apenas admite ser nombrada, o de la calidad fragmentaria que subyace a la cópula entre la belleza del ser y las palabras...

En ese marco, hacer poesía implica poder contemplar para darse a la alabanza ética de todo aquello que acontece sin más, plenamente impregnado de impropiedad o de amenidad no alienada. El poema se transforma así simultáneamente en arquitectura plural del límite, un duelo por diferenciar el ser de las cosas, a los efectos de ceñir el don de los bordes que ellas pueden prodigar a los naufragios del hombre.

Ya se trate de la soledad, de los ámbitos de desvanecimiento del decir, de los juegos de escondite abiertos por el caos de la noche, de la inquebrantable pesadilla de la oquedad que nace en la imagen del espejo, donde la lejana figura de una alondra que en su suspensión accede apenas a ser patentizada, estos textos trabajan con el valor fugaz de la epifanía, los dramas variados del azar...las preguntas por el milagro de estar vivo..

Es en tal sentido un tratado que ha sido dedicado a alojar y desplegar la perplejidad ante lo más real. Así el olvido deviene arte del borramiento de la elocuencia o de la solemnidad, negación de todo camino que no resguardara en el anonadamiento, esa otra alta cima de humanidad desde donde es posible que seamos todavía bien nombrados. Patria de la embriaguez y de la caricia beatífica, casi franciscana en su humildad, una cita entre las fuerzas inmensas “*del derrotero de la estrella*”, o “*la voracidad del sol*” y la pequeñez, o la oceánica tempestad del blanco que, en la calma se deja quebrar en la insistencia de una mano que pulsa en la escritura su herida intransferible.

Metáforas sobre la sabiduría de la espera, que son también metáforas sobre la inocencia categórica y el generoso desdén del trazado recto del tiempo.

Salto y moroso detenimiento en paisajes conjeturales que nos son presentados a la manera de las urdimbres del alma, pasajes de la interioridad que permanecen tirantes por ver lo invisible, o por tentar en la máxima lasitud del tiempo, un doblez de las formas en que pueda astillarse el ser, o en que puedan erguirse los enigmas más

\*

*La mirada*

*puesta*

*en un sitio*

*preciso*

*del cielo*

*o del río.*

*Y el rielar*

*viene*

*hacia uno*

*si está quieto.*

\*

\*

*Lejos  
de la voracidad  
del sol.*

*En la punta  
de la vela  
que proyecta  
sombra en la pared.*

*Donde el humo  
se esfuma  
en la penumbra.*

\*

*Guillermo Ibáñez*

\*

*No destacar  
el transcurso de la vida  
la lluvia o el devenir  
de los hechos  
elegir  
el instante  
que al cabo fenece  
en el que brilla  
un destello.*

\*

\*

*Se desvanece  
la imagen.*

*Surge*

*entre penumbras  
el silencio.*

\*



\*

*En la bitácora  
del navío  
se escribe  
una historia  
de silencios.*

*Ahí viaja  
testimonio  
de cada uno  
de todos  
los naufragios.*

\*

\*

*Hojas meciéndose*

*alta hierba*

*semejando una marea*

*vuelo de pájaros*

*en los bordes del cielo*

*viajar con sus cantos.*

*Por el sólo hecho de ver.*

*Fisura temporal*

*donde música y poesía*

*traspasan el cuerpo.*

\*

\*

a Lie –Tsé

*Abandonar la ilusión*

*el mirar, el credo*

*cuando el olvido.*

*Después del amor*

*de la oquedad, de la palabra*

*cuando el silencio.*

*Distante todavía*

*del imperfecto*

*vacío.*

\*

*Guillermo Ibáñez*

\*

*Embriagado*

*de lo nómada*

*errando*

*sin camino*

*con el incierto*

*derrotero*

*de la estrella*

*la respiración*

*que alienta.*

\*